

## **1er. Domingo de Cuaresma. Año A**

### **Lectio divina sobre Mt 4,1-11**

---

---

Conocemos el episodio de las tentaciones de Jesús sólo por la tradición sinóptica (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13), donde queda situado inmediatamente después de la escena del bautismo (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22). Antes de iniciar el ministerio público, que tendrá el reino de Dios como tarea (Mc 1,15; Mt 4,17), Jesús recibe el Espíritu de Dios y es por Él proclamado hijo amado (Mt 3,17; Mc 1,11; Lc 3,22): primero, pues, hijo, después, evangelizador. El relato de las tentaciones de Jesús, además de su evidente intención moralizante, elabora un dato que, y no sólo por ser históricamente verosímil, debe tomarse en serio: la prueba sufrida por Jesús, que Mateo triplica en su versión, atañe a la comprensión de su misión personal. En contra las expectativas populares y, quizá también, de la propia apetencia, Jesús opta por cumplir el proyecto de Dios y por hacerlo con los modos por Dios elegidos: sobrevivir a base de su Palabra, que no de solo pan; confiar de ordinario en Dios, sin necesidad de pruebas extraordinarias; y adorar a Dios, aunque ello lleve a la impotencia real y la irrelevancia social. Y no es casual, ni mucho menos, que la tentación, y su rechazo, se expresen con citas de la Escritura: la Palabra de Dios necesita de su Espíritu para ser instrumento de victoria.

---

**En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.**

**El tentador se le acercó y le dijo:**

-« Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. »

**Pero él le contestó, diciendo:**

-«Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."»

**Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice:**

-«Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: «Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras."»

**Jesús le dijo:**

-«También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios."»

**Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo:**

-«Todo esto te daré, si te postras y me adoras.»

**Entonces le dijo Jesús:**

-«Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto."»

**Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

El episodio, bien delimitado, inicia siendo Jesús conducido hasta el diablo (4,1.3) y termina cuando el diablo deja su lugar a ángeles que le sirven (4,11). Toda la escena es un *vis-a-vis* de Jesús con el tentador: ningún otro asiste a la tentación..., ni al tentado; Jesús se encuentra solo y débil, tras el prolongado ayuno. Si el tentador se le puede acercar (4,3) es porque el Espíritu lo había llevado hasta allí: ¡es el Espíritu quien deja en manos del diablo al hijo de Dios (4,1)!.

Entre la guía del Espíritu y la intervención del diablo hay un período largo de ayuno; el plazo de tiempo, cuarenta días, parece aludir al periodo de pruebas que Israel, el otro hijo de Dios, experimentó en su camino hacia la alianza (cf. Ex 16.17.32). Se justifica así el estado de profunda necesidad que experimenta Jesús previo a la tentación: un prolongado ayuno le ha dejado debilitado para el encuentro con su tentador; la prueba sobreviene a Jesús cuando menos fuerza tiene, sin que tenga a su lado quien le auxilie.

Aunque repetida, la tentación es única, como único es el tentador: el diablo pretende que Jesús renuncie a su condición filial, proclamada en el bautismo. Con motivos diferentes, pero coincidentes en su objetivo, la tentación consiste en negar la decisión de Dios: 'Este es mi hijo amado' (Mt 3,17). La posibilidad de desautorizar a Dios Padre se le presenta a Jesús como 'tentadora' (Mt 4,3.6: *si eres hijo de Dios..*): Jesús tendrá que preferir ser hijo, ser lo que Dios le ha dicho que es, a otras oportunidades (cf. Mt 27,40-43).

La tentación se realiza en tres asaltos, que están narrados de forma simétrica: 1º. El tentador tiene la iniciativa siempre (Mt 4,3.5.8); la tentación no surge fruto de la situación de Jesús, efecto de su hambre; es inducida desde fuera, pero le ha sorprendido en un momento de debilidad manifiesta. 2º. Jesús reacciona invariablemente citando a Dios, apoyado en su Palabra (Mt 4,4.6.10): ella le sirve de discernimiento para acertar en la prueba y guía su opción personal; apelando a ella se reafirma como hijo que no cuestiona a su Dios. 3º. El tentador no insiste nunca en la misma proposición; si repite el intento, variará de motivo (Mt 4,3.4.9). Hay que observar una cierta progresión en esos motivos: del cuestionamiento de la propia vida, que pone el hambre de días, se pasa a cuestionar la asistencia divina,

para acabar proponiendo la renuncia de Dios; pasar hambre alimenta la duda sobre la providencia de Dios que culmina en buscarse otros dioses, más seguro, más prometedores, a quienes adorar.

El primer asalto diabólico (Mt 4,3-4), en el desierto, presupone una situación Jesús está solo y hambriento. Un hijo de Dios que se precie, dice el tentador, bien podría hacer alimento de las piedras con tal de no pasar necesidad. Jesús, citando un texto en el que se recordaba a Israel que el hambre sufrida fue prueba de una pedagogía paterna (Dt 8,3; cf. 8,2-6), responde que para vivir no precisa del pan tan necesitado sino de todo cuanto Dios diga: hijo de Dios no es quien no sufre penurias, sino quien se alimenta de la palabra de Dios.

El segundo asalto (Mt 4,5-6) se sitúa en el templo de Jerusalén, lugar privilegiado de la presencia de Dios entre su pueblo. La sutileza del tentador es manifiesta, y aterradora: rechazado por la fuerza de la Palabra (Mt 4,4), acude a la palabra de Dios para tentar al hijo de Dios (Mt 4,6): ¡lo que Dios ha dicho puede utilizarse como motivo de tentación! Curiosamente, Jesús responde citando un texto que impone el servicio exclusivo de Dios (Dt 6,16) como si no fuera él el tentado. Y es que en el hijo tentado, ¿no queda cuestionado también el Padre?; el fiel que supera

El tercer asalto es el último (Mt 4,8-10). El tentador se crece ante el repetido fracaso; muestra a Jesús el mundo y su gloria y se lo ofrece, si le da culto; sólo el diablo, en su osadía, puede llegar a tanto, a presentarse divino. Por vez primera, y con autoridad inusitada, Jesús manda al tentador que se retire antes de apoyarse en la palabra de Dios; el texto citado (Dt 5,9; cf. 6,13), perteneciente al decálogo (cf. Dt 5,6-21), zanja de raíz la cuestión y hace innecesarias ulteriores tentaciones: dar culto al único Dios adorable libra de cultivar diosillos, por entretenidos que sean; quien siente pasión por Dios está libre de grandes pasiones y de pequeños entretenimientos.

## II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Nada más proclamado hijo por Dios, Jesús debe afrontar, solo y debilitado, la prueba. No es Dios quien le tienta (cf. Sant 1,13-14), pero es el Espíritu quien le ha conducido hasta el tentador. Entra, pues, en el designio pedagógico del Padre poner a prueba a los hijos amados. Jesús debió asumir personalmente el amor que Dios le expresó. La única tentación de Cristo, las auténticas tentaciones del cristiano, se centran en cuestionar el amor que Dios siente por los suyos. Más que pruebas de la propia debilidad, las tentaciones son para el cristiano demostraciones de las preferencias de su Dios; momento decisivo, la tentación ni puede convertirse en motivo de angustia ni es pérdida de tiempo. ¿Son ésas las tentaciones que tengo o temo? ¿Mido las tentaciones según mis debilidades, las confundo con mis apetencias y deseos o las veo como oportunidades para experimentar el amor paterno de Dios, como pruebas que ratifican ya, por el hecho de experimentarlas, las preferencias del Padre?

El Espíritu conduce a la prueba a quienes se saben ya agradados; la tentación no es camino para ganar la aprobación divina, ni es certamen para luchadores ni es pasatiempo para arriesgados; es etapa necesaria para hijos dóciles, privilegio para los amados de Dios. ¿Veo cualquier tentación que sufra, sea que yo la busque sea que me encuentre con ella, como un desierto en el que puedo saberme conducido por el Espíritu, como un espacio de soledad donde puedo sentirme mirado por el Padre (cf. Mt 6,4.6.8), como un tiempo de hambres y flaquezas en el que sólo la fuerza está en lo que Dios siente por mí, y no en lo que yo siento sin Él?

Jesús responde a cada insinuación del tentador apoyándose en la palabra de Dios; para defender lo que Dios le dijo no tiene mejor arma que lo que dice Dios. ¿Qué uso hago de la Palabra en mi vida? ¿Acudo a ella cuando tengo que hablar de Dios a los demás o la cultivo para que Él me siga hablando? Cuando hay tanto (y tantos) a mi alrededor, y quizás mucho(s) más en mi corazón, que cuestiona(n) a Dios, si es que lo ataca(n) y no simplemente lo silencia(n), ¿por qué no encuentro tiempo, ni ganas, para escuchar a Dios? ¿No es verdad que por no escuchar a Dios, me hago más sensible a la voz del tentador?

Jesús empieza a ver cuestionada su filiación (Mt 4,13: si eres hijo de Dios) tras sentir necesidad; en realidad, la suya es un hambre normal, fruto de ayuno voluntario. Con todo, el tentador apoya en ella la duda: si fuera su hijo, no padecería de necesidad, pues hasta en las piedras encontraría alimento. La insinuación es sutil: cuanto más hambre sienta el hijo de Dios más tentadoras resultan las piedras... El hijo, dice Jesús, no se desvive alimentando hambres y calmando necesidades, vive de cuanto Dios dice: la palabra de Dios es el pan de sus hijos. ¿De qué nos sentimos hoy ayunos y qué nos falta? ¿Por qué no nos basta la escucha de Dios para calmar nuestra necesidad y achicar nuestras flaquezas? ¿No será que, por no sentirnos hijos de Dios, no sentimos más que hambre de pan y de amor?

La segunda vez que Jesús vio cuestionada su conciencia filial estaba en el templo, residencia terrena de Dios; allí se daba por descontada la presencia divina. En esa convicción se apoya la tentación: quien se sabe cuidado por el Padre, puede arriesgar sin consecuencias. Lo diabólico de la tentación reside, en que se apoya ahora en lo mismo que fue clave de la resistencia anterior: la palabra de Dios. El compromiso de Dios con sus hijos puede alimentar en ellos sueños de grandeza; dar a Dios por supuesto lo convierte en innecesario, crearle siempre a nuestra disposición hace barata su cercanía. El hijo, para saberse al cuidado del Padre, no necesita ponerle a prueba. ¿Sabernos hijos de Dios nos basta o tenemos que sentir su protección? ¿Sólo nos merece confianza Dios, si salimos siempre indemnes del mal? ¿Qué es lo que espero yo de Dios, qué condiciones le pongo, para entregarme a su paternos cuidados? ¿Le quiero por lo que me da, y siempre que me cuide, o le quiero porque me quiere, y punto?

El tercer intento es el más descarado: el tentador se quita la careta. No se preocupa ya de Jesús, de sus necesidades ni de sus convicciones; no cuestiona ya lo que es Jesús para Dios, pretende llegar a ser él un dios para Jesús. Y el poder - ¿hay algo más tentador? - es el motivo único de la prueba, que no se presenta ahora como sugerencia sino como promesa incondicionada: le es prometido todo el poder que alcance a ver Jesús. Jesús opta por Dios solo, porque sólo un Dios que lo quiere como a hijo es un Dios adorable. Mientras no identifique aquello que, por insignificante que sea, es tan poderoso como para impedirme el culto a Dios, no sabrá de qué tengo que desprenderme para que Dios se me vuelva, de nuevo, adorable. ¿Por qué me resulta tan fácil dar culto a otros dioses que, ni son tan poderosos ni me son tan paternos?

El diablo nada tiene que hacer con los hijos que prefieran adorar a su Padre. Abandona siempre el tentador a quien está ganado por su Dios adorado. El culto al Dios verdadero es el mejor antídoto para librarnos del maligno y sus argucias. ¿Es para mí Dios digno de adoración, es ya mi pasión única o sigue siendo entretenido pasatiempo?

### **III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado***

Me estremece, Señor, tu comportamiento; no consigo entenderte. ¿Cómo es posible que tu Espíritu conduzca a tu recién proclamado hijo al desierto y lo deje solo ante el tentador? ¡Extraña forma de ser Padre la tuya, metiendo a los tuyos en problemas, Ayúdame a distinguir las pruebas que tu me das de las tentaciones en las que me meto; que sepa discernir aquellas situaciones a las que tu Espíritu me conduce y aquellas otras a las que me lleva mi debilidad. En unas, tu eres en realidad el tentado, en las otras soy yo el que te tienta.

Jesús se ratificó como tu hijo, acogiéndose a tu palabra; ella le proporcionó los motivos para hacerse fuerte ante el tentador. No te puedo ocultar que no logro ser mejor hijo tuyo, porque en momentos de prueba no doy fe a tus palabras. Me falta memoria de tu voluntad y, por eso, me sobran faltas contra tu voluntad. Vuelve a hablarme al corazón, para que mi corazón no apetezca más que lo que haya salido de tu boca. Que tu Palabra sea mi refugio, cuando me sienta acosado; que ella sea mi consuelo, siempre que sufra de soledad; que sea ella el viático para mi desiertos, pues temo extraviarme.

Señor, ¡son tantas las hambres que me tientan! Son demasiadas las cosas, personas y proyectos que anhelo poseer, que necesito para vivir, que me desvivo por conseguir! Me tientan las hambres que no son de Ti; una insatisfacción, profunda y sorda, me debilita. Te reconozco que me apena más lo que me falta que el que me faltes Dame un hambre de Ti que no se acalle con las cosas, una necesidad que no sofoquen las personas que necesito; agranda el déficit de Ti en que vivo, para que no pueda vivir sin Ti.

Mis necesidades alimentan desconfianza en tu custodia. Siento ganas de probarte arriesgándome, para comprobar lo que ya debería saber: que me guardas y te has arriesgado, ¡ya tantas veces!, apostando por mi. No me libres, Señor, del hambre de Ti y de la necesidad de tu Palabra. Si no hay otro camino para volver a Ti, condúceme Tú hasta el tentador, para que, experimentando la escasez de bienes en que vivo, opte por mantenerte como el bien de mi vida, mi Dios adorado y mi adorable Padre.